

## LA REINVENCIÓN DE LO POLÍTICO

Adrián López Cabello

ULRICH BECK,  
*La invención de lo político*,  
FCE, México, 1999

Motivado fundamentalmente por las intensas discusiones generadas a propósito de la condición actual de la «globalización», Ulrich Beck nos ofrece su libro *La invención de lo político*. Por desgracia para nosotros, se trata de un interesante trabajo publicado en Alemania en 1993, del cual sólo hasta hace poco se ha contado con traducción al español.

Salvando este mínimo inconveniente, podemos decir que estamos ante una serie de audaces líneas interpretativas de plena actualidad, que allana el escarpado terreno de la política en este punto histórico de la modernidad. Partiendo de una original idea que le sugiere el pintor W. Kandinsky, Beck observa en la «globalización» mundial un cruce y una bifurcación entre dos fenómenos sociales modernos que caracteriza como el «o bien- o» y el «y».

Por un lado, con la categoría del «o bien- o», expresa la definición de lo que denomina la tradición contramoderna de la modernidad. Se trata de una posición de pensamiento que, en su orientación, tiende a presentar un proyecto excluyente y discriminatorio entre dos alternativas

éticas de vida, a la manera de un antagonismo irreconciliable; como si se tratara de decir «o bien esto... o nada». Esta categoría es más o menos acertada en el sentido en que explica un tipo de lógica jacobina, que fija indubitadamente su postura frente al Otro en términos irreconciliables de *amigo-enemigo*. Beck integra con este concepto lo que observa en una fase del pluriverso global contemporáneo: orientaciones fundamentalistas religiosas, integristas agresivos, nacionalismos o regionalismos étnico-raciales, el *umma* neomarxista, fanáticos ecologistas y toda un espectro de direcciones de pensamiento que despiden de sí todo lo éticamente diferente a ellos. El panorama es intenso: «La contramodernidad —observa Beck— absorbe, demoniza, y descarta las cuestiones que la modernidad plantea» (p. 88).

Por otro lado, con la categoría del «y», Beck designa a la parte moderna de la modernidad. Se trata de la línea reflexiva de la modernidad. De una tradición que se muestra socialmente abierta, conjuntiva, incluyente, extraña al rechazo, integral en sus propuestas, dispuesta a la diferencia y convencida de los beneficios de la movilidad social. Pero no obstante el avance que esta orientación ha experimentado en el campo de lo social, Beck asegura que en ella no deja de haber problemas que com-

portan graves efectos sociales, especialmente en el control del uso de la tecnología. De hecho se trata de fuertes cuestionamientos que provienen del ámbito de pensamiento del «o bien- o». Y en efecto, las catástrofes nucleares, la basura global, la devastación ecológica, la experimentación y manipulación genética, el riesgo constante de epidemias globales; todos estos son parte de los factores que componen lo que Beck denomina los problemas de la «sociedad de riesgo» en el espacio operativo de la técnica. Y es, precisamente, la posición contramoderna de la modernidad del «o bien- o» la que tal vez más ha llamado la atención sobre la riesgosa manera en que es usada la tecnología en el «y» de la modernidad.

A diferencia de algunos autores liberales, a Beck le parece que en este punto no se debe subestimar aquella crítica del «o bien- o» a la figura del «y». Por el contrario, considera que aquella tradición ofrece fuertes y no cualesquiera justificaciones de su presencia: «primero, la modernidad de la contramodernidad significa no sólo una contramodernidad explícita, sino, de acuerdo con la demanda, *fundamentada*. Segundo, estas justificaciones con las cuales la contramodernidad transforma la duda en certidumbre, son provistas frecuentemente por las ciencias» (p. 89). Por un lado, el «o bien- o» aporta elementos cognitivos de certidumbre, que protegen y aseguran al horizonte de la conciencia individual y ofrece sólidos sentidos de vida comunitaria. Por otro lado, sus críticas a las consecuencias devastadoras del sistema operativo de la tecnología, encuentran sustento y apoyo en las mismas investigaciones científicas que dan cuenta de los riesgos ecológicos y sociales que arroja aquel sistema.

Por esta razón, la situación globalizada de la modernidad es caracterizada por Beck como el estado de un «gran dile-

ma». El «o bien- o» acaba con las incertidumbres individuales y colectivas que introduce en gran parte el «y» del mundo global; pero esta última evita, por su parte, la violencia de los estándares y valores exclusivistas contramodernos que violentan las garantías individuales.

La opción contramoderna —presente en ciertas teorías políticas y sociales— por formas exclusivistas de vinculación humana, conlleva el riesgo de una posible recaída en modelos autoritarios y populistas, que hacen de la ecología, la raza, la nación, el odio a la globalización, la religión, etc., motivos de integración como alternativas al individualismo social y a la economía mundial de los mercados internacionales. Beck reconoce que la problemática experimentada desde estas orientaciones de lucha pudieran parecer antimodernas, pero con una calificación como ésta simplemente no se desplazan los riesgos y peligros que sus efectos arrojan. Por el contrario, para Beck, en el peligro que estos representan radica la tarea de la política actual. Por ello su propuesta es, en el plano de estos dilemas globales, sacar a *lo político* de su estado presente de parálisis, y diferenciarlo de lo económico y lo cultural, es decir, de lo subpolítico, con el fin de redefinir su significado en función del Estado. No se trata de recaer en la comprensión de lo político como un mero estatalismo, ni como en la vieja relación antagonista Este-Oeste, que más se trataba de una mera fachada de lo político —que lo ocultaba y lo volvía trivial. La propuesta de Beck es más mesurada.

El mismo hecho de que se haya colapsado la Guerra Fría exige redefinir la función de lo político fuera del *dog fight* de izquierdas y derechas, al margen de las doctrinas del Estado de bienestar y del Estado mínimo, y en plena crisis de los partidos políticos. Beck piensa en la invención de lo político como un replan-

tearse el papel de la política gubernamental en la solución de los conflictos globales. «De ninguna manera —asegura Beck— esto puede ser manejado con las actuales instituciones obsoletas. Pero si ya no se quiere seguir cerrando los ojos ante ello, entonces hay que abandonar el barco de la política del *statu quo*, en todo caso abrirlo, ampliarlo, repensarlo y recomponerlo: exactamente a esto apunta la invención de lo político» (p. 181).

Es evidente que Beck no presenta un programa completo y acabado de lo que este renacimiento de lo político podría significar o cómo deba ser. Pero sí sugiere que han de desplazarse las «viejas hostilidades» por nuevas formas de vinculación con espacios, estructuras y estilos diferentes de hacer política; capaces de frenar a los peligrosos integrismos que revitalicen el *statu quo* y a los desafiantes impactos del mercado mundial en las frágiles economías regionales.

Para Beck, la invención de lo político descubre una metamorfosis del Estado en la que sus tareas sean redefinidas. Cómo y cuáles sean estas tareas no dependen ya del Estado mismo, sino que su determinación debe ser delegada a la subpolítica de la sociedad; a las negociaciones donde ésta fije sus propias necesidades; en un medio de acuerdos democráticos donde el Estado reforme sus

funciones. Como quiera que sea, en la política actual la suerte está echada del lado de la opción incluyente moderna del «y». De tal suerte que lo que se decida democráticamente habrá de integrar al Estado «y» a la sociedad.

A mi juicio, la mayor dificultad en este trabajo de Beck se halla en la excesiva confianza que tiene puesta en «la ciudadanía subpolítica» de la sociedad autoorganizada, para generar la voluntad política inclusiva del «y». Pues si de la sociedad parten, como el mismo Beck lo explica, las grandes avanzadas de movimientos integristas del «o bien- o»: racistas, terroristas, nacionalistas étnicos, salvacionistas, entonces no queda claro cuál sería el sector reflexivo de la «ciudadanía subpolítica» o los criterios jurídicos que lograrían proteger el interés público frente a las amenazas de los «antimodernos». Su recurso a la opinión pública global, a la sociedad civil global y a los *mass media* como mecanismos de ilustración ciudadana resultan interesantes, pero empíricamente endeble y muy cuestionables.

En todo caso, el trabajo de Beck va más allá de mostrar lo que hay a estas alturas de la modernidad; se trata, a mi juicio, de una obra seria capaz de ilustrar una temática muy actual, cuyos contornos precisos están aún en camino de escribirse.